

Don
Victor Muñoz Reyes
FELIPE Sdo. GUZMAN *Pte*

57354

26
37 (84)
41/±/72

LA EDUCACION

DEL

CARACTER

NACIONAL



LA PAZ (Bolivia)

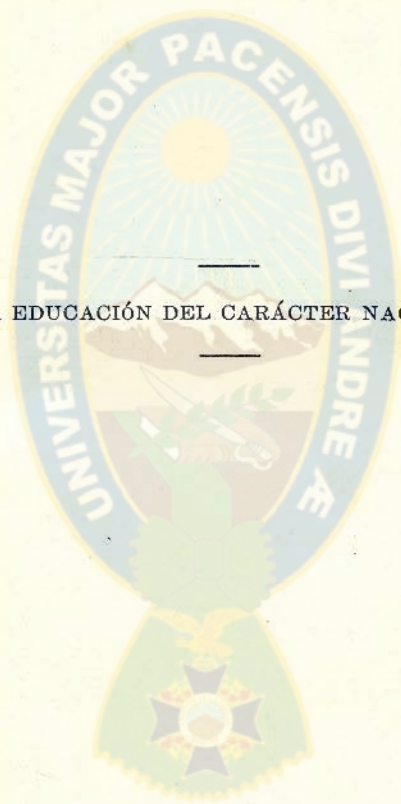
IMP. VELARDE—Yanacocha 115, 117 y 119.

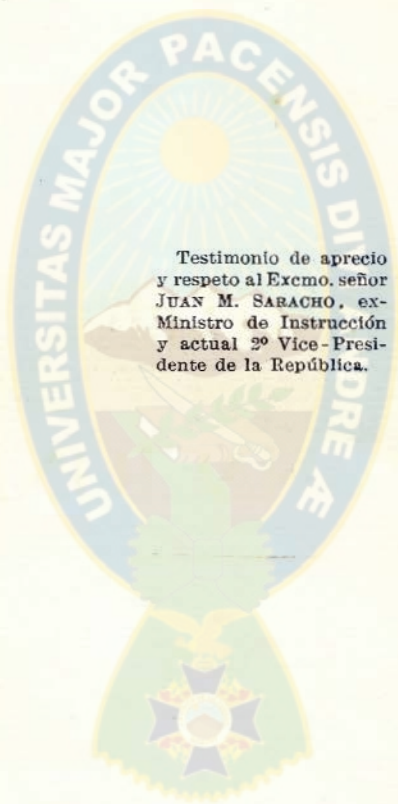
1910

3
V
00000

1910/26

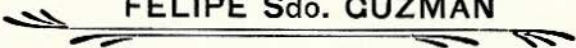
LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER NACIONAL



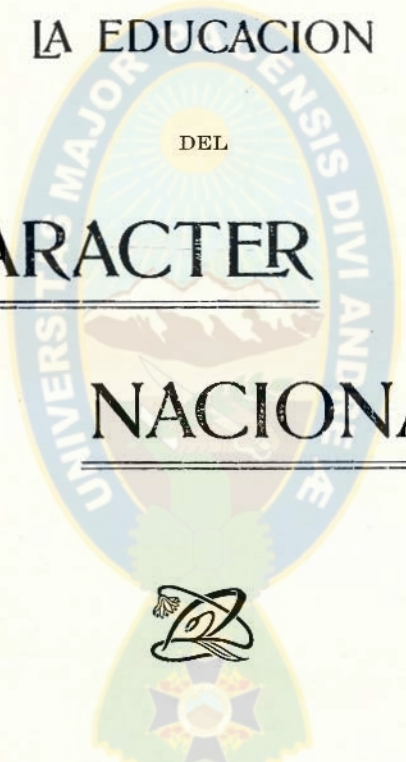


Testimonio de aprecio
y respeto al Excmo. señor
JUAN M. SARACHO, ex-
Ministro de Instrucción
y actual 2º Vice-Presi-
dente de la República.

FELIPE Sdo. GUZMAN



LA EDUCACION
DEL
CARACTER
NACIONAL



LA PAZ (Bolivia)

IMP. VELARDE—Yanacocha 115, 117 y 119.

1910



La educación del carácter nacional

EL notable educacionista argentino Carlos Octavio Bunge, plantea como el problema de más vital importancia, el referente á la educación del carácter nacional. Triviales y secundarias, dice, resultan á su lado todas las cuestiones políticas, monetarias, administrativas. Efectivamente, ninguna cuestión ofrece mayor interés al sociólogo, que el de examinar si los países sud-americanos poseen un carácter en formación, evolución ó si ese carácter se halla perfectamente definido.

Para resolver este problema menester es estudiar las leyes que priman en el desenvolvimiento de las sociedades, las condiciones peculiares que caracterizan á los países y las influencias étnicas y geográficas que ellos reciben.

Desde luego es un postulado científico que los pueblos, por muy retardados que sean, tienen un alma y un carácter que se halla en perpetua evolución. Determinar el grado de esa evolución es descubrir la psicología presente para la aplicación de tal ó cual sistema educativo.

He oído á varios de nuestros pedagogos recientemente llegados del extranjero, reconocer la importancia de crear una pedagogía especial para Bolivia, ya que este país presenta caracteres típicos que lo diferencian enormemente, no solo de los pueblos europeos, sino de los hispano-americanos, pero esos distinguidos educacionistas no han precisado sus observaciones, ni han determinado los factores que engendran nuestras modalidades, por consiguiente, tampoco han establecido un

sistema educacional perfectamente aplicable al país.

El principal factor que hay que considerar es el de la raza.

Los autóctonos bolivianos que constituyen la gran mayoría de la población, corresponden á dos sub-razas: quechuas y aimaraes; su psicología no podemos decir que se halla caracterizada científicamente, una vez que nos faltan datos recogidos en gabinetes de psicología experimental que desgraciadamente no existen en Bolivia. Todas las informaciones que tenemos al respecto son puramente sentimentales y como es natural, de ellas no se puede deducir hasta que punto el indio es apto para incorporarse á la civilización moderna; no obstante esto, es innegable que existe un proceso de homogenización de razas, una especie de lucha en la que el blanco civilizado trata de fundir en su raza al quechua y aimara; no otra cosa manifiestan los fenómenos de cruzamiento, la propaganda contra el alcoholismo, la institución de escuelas ambulantes y el servicio militar obligatorio. Aunque lentamente, el

indio marcha hacia la civilización, puesto que los fenómenos que dejamos mencionados importan un aumento en sus necesidades, una vez que adquiere nuevos hábitos impulsores de su mayor actividad.

Pero el problema fundamental no consiste en esto, sino en saber si moralmente puede el indio alcanzar la misma cultura que alcanza intelectualmente. Muchos piensan que el indio por muy instruido que sea siempre es indio social y moralmente, porque la fatalidad de la herencia ancestral pesa sobre él y lo inhabilita para vivir nuestra época intensamente avanzada en ciencias, arte, comercio é industrias.

Nosotros creemos que existe una fuerza capaz sino de destruir las leyes de la herencia de atenuarla al menos: *la educación*. Los maravillosos progresos que ha realizado en estos últimos tiempos, situándose en el rango de verdadera ciencia experimental, demuestran que ante su poderoso impulso no hay dique posible. Los mismos degenerados no están fuera de su alcance benéfico. Para darse cuenta

de la gigantesca obra de la civilización contemporánea en este orden, necesario es conocer teórica y prácticamente las instituciones educacionales de Europa y Norte América.

La única palanca que puede reformar un pueblo es la educación, dicen unánimemente los sabios de todo el mundo.

Comprendan, pues, los humildes maestros la magna y trascendental responsabilidad que pesa sobre ellos, y comprendan también la sociedad y los gobiernos los méritos que ese elemento social tiene para ser acreedores á la más noble de las gratitudes.

^xDe lo expuesto se desprende que las razas autóctonas requieren un sistema de educación especial, distinto, indudablemente, del que rige para blancos y mestizos.^x Ya el señor ex-comisionado para estudios sobre educación en el extranjero, ha planteado las bases de ese sistema en un interesante informe que envió de Suecia, después de haber estudiado la manera como los suecos educan á sus lapones y fine-

ses perfectamente idénticos á nuestros indios.

Refiriéndonos ahora á las otras clases sociales, es preciso establecer que aquí como en los demás países de la América española, la labor docente se dirige más á instruir que á educar; de esto resulta el modo de ser especial que nos caracteriza: desconfiados, tímidos, inactivos, egoistas y sobre todo faltos de carácter, sin fuerzas para resistir ninguna impulsión desacertada; de allí mismo nace también nuestra superficialidad, porque nada profundizamos seriamente; si sabemos algo es por referencias de revistas y libros, pero no tenemos la paciencia de estudiar los documentos originales, de examinar personalmente los fenómenos, para atenernos á nuestras propias observaciones, sin embargo somos competentes en toda materia: si á un abogado lo nombran ingeniero demarcador éste jamás se creará sin aptitudes para ello; si á un médico lo hacen financista, tampoco reconocerá su incompetencia; todos somos omniscientes á pesar de que nuestros elementos de

enseñanza humanista y profesional no están en condiciones de realizar en nosotros tamaño prodigio, ni mucho menos! Todo es debido á que no se desarrollan desde la escuela hábitos de perseverancia, de lucha, tenacidad, de energía, de nobleza y altruismo, única manera de formar caracteres de hierro que no retrocederán ante los inconvenientes insignificantes, que no vacilarán ante las grandes empresas de algún riesgo y finalmente que no se declararán vencidos en la esforzada lucha por la existencia.

Hoy por hoy, y gracias á nuestro sistema de educación, ninguna empresa, ninguna institución nace de la iniciativa privada: todo lo esperamos del Gobierno y si él no nos dá un puesto perecemos de necesidad, una vez que no tenemos el convencimiento de que el hombre no debe fiar sino en sí mismo.

Indudablemente que hay excepciones mil, pero ellas no constituyen el carácter nacional.

Pero el mal no está solo en la escuela, radica principalmente en la

familia. Los padres nunca enseñan á sus hijos á ser responsables de sus actos; no los dejan obrar para que ellos mismos sufran las consecuencias de sus desaciertos. Siempre está tendida la mano protectora, el apoyo sin el cual el hijo no puede marchar. Jóvenes ya y muchas veces casados, todavía están bajo el amparo del hogar y cuando éste se ha derrumbado, entonces para los huérfanos no queda más que la miseria.

Cuando los padres son acaudalados no consienten que sus hijos trabajen lejos de su protección, ni estos lo solicitan puesto que saben que la fortuna de aquellos, aunque no quieran, les corresponde por mandato de la ley, de manera que no se preocupan de su porvenir asegurado ya por el esfuerzo de los padres. Tal manera de entender los deberes de familia es sencillamente funesto. Hay que partir de la base que los padres no tienen más obligación que sostener á sus hijos hasta que estos puedan bastarse á sí mismos; una vez que han llegado á una edad en que no son necesarios los cuidados de

la familia, es deber del padre lanzarlos á la vida para que cada uno aprenda á subsistir por su propio esfuerzo. Proceder así es manifestar amor y labrar la felicidad de los que mañana serán dignos sucesores nuestros, por virtud del trabajo que es lo que más enaltece y honra al hombre. Engreir á los hijos, no consentir que jamás se muevan de nuestro lado, disculparles sus faltas, entregarles intervivos nuestra fortuna, es hacerles el daño más grande que imaginar se puede, es inutilizarlos para la vida, proclamarlos candidatos al pauperismo y el vicio, pues, el dinero que reciban como no saben lo que cuesta ganarlo, lo disiparán en poco tiempo.

Tal vez modificaría este estado de cosas la reforma de nuestro régimen testamentario. Aunque no somos partidarios de que se declare libre en absoluto el ejercicio de tal magistratura, en vista de las profundas raíces que tiene en el alma nacional la pseudo-obligación de los padres para amparar y proteger á sus hijos indefinidamente, creemos que bien se podría dar á

aquellos la libertad de disponer de sus bienes como les parezca, con la sola obligación de señalar una mitad de la herencia para la distribución entre sus hijos. Los impulsos naturales del amor reservarían tal vez el total de la masa hereditaria para los descendientes, especialmente para las hijas, pero el padre no estaría reatado á un deber sumamente perjudicial cual es el de distribuir todos sus bienes en favor de sus hijos, con la libertad de disponer solamente del quinto en favor de extraños. Se puede alegar que existe el derecho de exheredación para los casos que señala la ley; pero hay que advertir que esos casos se refieren á faltas ó ingraticudes que nada tienen que ver con la negligencia y holgazanería no comprendidas en las causales de exheredación. Por otra parte las estadísticas judiciales nos demuestran que estos juicios casi nunca tienen lugar.

Las herencias son, por lo demás, siempre semillero de pleitos escandalosos después de la muerte del testador, ocasionan el fraccionamiento de la propiedad rústica y consiguientemente la

paralización de las explotaciones ó la disminución de los rendimientos.

Estos perjuicios particulares sumados traen necesariamente ruinosos quebrantos en la producción nacional cuyas consecuencias son las crisis económicas con su cortejo de calamidades.

Es indudable que los ingleses han exagerado demasiado la importancia de la educación del carácter, pero á esto se debe que ese pueblo y con él los demás de raza sajona (Alemania y Estados Unidos) conquistaron los mercados del mundo por la expansión de su comercio é industrias, por el florecimiento de su agricultura y minería, mientras España y sus antiguas colonias se consumen en un quietismo de atraso, gracias á su sistema de educación apropiado para formar politiqueros, revolucionarios, parlanchines, oradores gradi-elocuentes y literatos de toda broza.

Estos países de la América latina no son, por eso mismo, otra cosa que enormes campos en que se desarrolla la actividad de razas extranjeras que se llevan las riquezas nacionales, deján-

donos en calamitosa pobreza. Las principales industrias: ferrocarriles, explotación de minas, grandes casas de comercio, etc., etc., todo está en manos de yankes, ingleses ó alemanes. ¿Qué aprovechamos nosotros? Apenas el precio del jornal de nuestros obreros.

Queremos curar nuestra pobreza recurriendo á empréstitos para mejorar el cambio internacional y fundar bancos que repartan capitales á granel. Y con todo esto habremos remediado radicalmente nuestro mal?

Al No lo creo. Si esas medidas producen bienestar, él será pasajero.

La causa de la enfermedad á que se ha referido el más patriota de nuestros escritores está en nuestro sistema de educación. Podemos tener montañas y campos fértiles, ricas minas, dinero, crédito y otras cosas, si nos faltan hábitos de trabajo, espíritu de empresa, honradez acrisolada y principalmente aspiraciones de progreso, seremos siempre lo que somos: pobres y atrasados.

El secreto de la reforma y avance del país está, por consiguiente, en la educación.

La cultura de los pueblos, ha dicho un pensador, es la expresión espontánea del alma nacional. Esa alma no se improvisa ni se puede abandonarla á que se forme sola: es la educación la que tiene que fabricarle el molde, la que tiene que encausarla en tales ó cuales direcciones, inspirándose en la obra de otros países é imitándoles en todo lo que nos convenga dadas nuestras peculiaridades de raza, medio geográfico y climático. Ridículo sería pretender en Bolivia reformas adecuadas para la cultura de los pueblos de Europa, puesto que ellos tienen si se quiere el carácter nacional hecho en siglos de vida civilizada.

Pero esto no quiere decir que despreciemos los modelos extranjeros. Las naciones que han avanzado más que nosotros, deben servirnos de ejemplo en el esfuerzo común de mejorar nuestra educación.

Imposible es apropiarse de hecho del alma y los sentimientos de un pue-

blo, porque para formarlos han concurrido múltiples factores que varían de país á país, pero es evidente que las mejores orientaciones se recogen siempre en el extranjero, siendo éllas las que nos muestran el camino que debemos seguir dentro de la idiosincracia nacional.

La Francia, esa gran nación donde se incubaron las ideas generadoras de los derechos del hombre, ha modelado su carácter nacional, tomando direcciones educacionales concebidas en su propio ambiente. Y hoy, a frente de una relativa decadencia en su expansión comercial, se han levantado las voces de Demolins y Gustavo Le-Bon protestando contra el sistema que se usa y atribuyendo á él el atraso de su patria. Demolins dice: «Para evitar las vacilaciones, los errores, los graves equívocos respecto á la mejora de la educación, es necesario dejarse guiar por la experiencia. Y puesto que nosotros (los franceses) no encontramos esta experiencia en nuestro país, donde la educación está mal orientada, debemos buscarla en otra

parte. Debemos imitar pueblos que han vencido esa dificultad, y que educan niños capaces de proceder por sí mismos y fuera de toda dependencia de los padres, los amigos, las relaciones, la administración».

«Pues esos pueblos existen y es necesario ser ciegos para no verlos. Son aquellos que conquistan actualmente el mundo, que lo civilizan, que lo colonizan, que en todas partes hacen retroceder á los representantes del antiguo régimen social, y que verifican prodigios por la sola acción de la iniciativa particular, por la sola potencia triunfante del hombre entregado á sí mismo. Y si quereis por un solo ejemplo, comprobar inmediatamente la diferencia entre los hombres formados por el nuevo método y los hombres formados por el antiguo método, que, desgraciadamente, es el nuestro, comparad lo que los primeros han realizado en la América del Norte y lo que los segundos han hecho en la América del Sud. Es el día y la noche; es el blanco y es el negro; es, de un lado, la sociedad que se lanza hacia adelante,

hacia el mayor desarrollo conocido en todos los órdenes de actividad; es, del otro, la sociedad retenida hacia atrás, atada, estancada en el funcionarismo, en las revoluciones políticas. En el Norte, es el porvenir que surge; en el Sud es el pasado que se va».

Gustavo Le-Bon, por su parte exclama: «Eminentes reformadores nos proponen copiar la educación inglesa, tan incontestablemente superior á la nuestra por el desenvolvimiento que ella dá al carácter, por la manera como ella ejercita la iniciativa, la voluntad, y lo que generalmente se olvida remarcar, la disciplina».

«Desgraciadamente esta reforma es hoy impracticable, agrega, porque ella está adaptada á las necesidades de un pueblo que posee ciertas cualidades hereditarias distintas de las nuestras. Cita el ejemplo de una dama que tuvo un serio disgusto con su marido, á quien amenazó con el divorcio, porque éste le propuso enviar á su hijo que acababa de dar examen á pasar las vacaciones en Alemania á fin de que que aprenda el alemán. Dejar viajar

completamente solo á un niño de 18 años. Sería necesario, dijo, ser un padre desnaturalizado para concebir tal proyecto».

« Quien sabe, añade Le-Bon, no hizo mal esa respetable señora, cuando dudaba de las aptitudes de su hijo para dirigirse solo en un pequeño viaje. No poseyendo dichas aptitudes ni por herencia ni por educación era justo que se temiera de él».

« Si los ingleses no necesitan de nadie para dirigirse, es porque ellos poseen por herencia una disciplina interna que les permite gobernarse á sí mismos. No hay pueblo más disciplinado, más respetuoso de sus tradiciones y de sus costumbres establecidas. Una educación física demasiado dura, desarrolla estas aptitudes hereditarias en medio de miles de peligros en los que jamás consentiría un padre francés».

Se ve, por lo que dejo trascrito, que Le-Bon cree necesario esperar que evolucione el espíritu público antes de reformar el sistema de educación reinante, pero no se fija que esa evolu-

ción solo puede efectuarse por virtud de la educación misma, única capaz de modificar la constitución mental de un pueblo pasando aún por encima de la herencia.

El alma nacional se forma de tal ó cual manera, cualesquiera que sean las razas, según las fuentes en que se inspira la educación. Pero esta no es obra de poco tiempo: se necesita por lo menos el trascurso de dos generaciones.

Corresponde á los que vivimos la presente época, plantear las bases de esa obra para que nuestros sucesores sigan en el mismo camino hasta cambiar totalmente la mentalidad nacional. En todas las manifestaciones de la vida será menester que aparesca el esfuerzo común de los bolivianos elaborando su propio destino. Mientras dicho cambio no se opere, nuestra historia, como la de los demás países de este continente, será siempre la manifestación triste de una constitución psicológica defectuosa.

Hay que convencerse que no solo Bolivia sino todos los pueblos latinos,

cualesquiera que sean sus formas de gobierno, propenden á ampliar cada día más la esfera del Estado y á restringir la iniciativa particular.

El Estado, en efecto, absorbe y dirige todo, reglamenta hasta la vida de los ciudadanos. Por el contrario en los países anglo-sajones, el Estado es una entidad casi inútil; su acción solo se deja sentir en lo diplomático y policiario; las otras ramas de la administración: obras públicas, instrucción, vialidad, industrias y comercio, son del resorte privado. Su mayor desarrollo nace del carácter mismo de ese pueblo, hábil para gobernarse á sí mismo, sin necesidad de muchas leyes.

La antítesis que presentan las dos almas latina y anglo-sajona, se hace aún más profunda cuando analizamos sus manifestaciones en el orden político y social. La primera siempre descontenta de sus instituciones, busca en los cambios de gobierno el remedio de su desorganización; la segunda comprende que el gran motor para impulsar la prosperidad privada y pública es el carácter, la energía indomable, el

imperio sobre sí mismo, la completa independencia, y se consagra más á la educación que á las revoluciones y cambios políticos.

La resultante de las anteriores condiciones características es para el alma latina el sometimiento corderil á cualquier despotismo, la total absorción del Estado, por último la cancelación de la libertad individual; para el alma sajona, sea que se encuentre á la cabeza de la nación un Rey como en Inglaterra ó un Presidente como en los Estados Unidos, el gobierno en el fondo siempre será el mismo.

La acción del Estado, según dice Le-Bon, reducida á un mínimun y la de los particulares á un máximun. Los canales, puertos, ferrocarriles, universidades y colegios, serán siempre creados y sostenidos por la iniciativa particular, jamás por la del Estado. El mismo autor, agrega: «Ni las revoluciones, ni las constituciones, ni los déspotas, pueden dar á un pueblo que no posee ó quitar al que posee las cualidades de carácter de donde derivan sus

instituciones. Los pueblos tienen los gobiernos que merecen y que corresponden á su estado social. No hay gobiernos ni instituciones de los que se puede decir que son absolutamente buenos ó absolutamente malos. El gobierno del Rey de Dahomey será probablemente un gobierno excelente para el pueblo que está llamado á gobernar; y la más sabia constitución europea resultará mala para ese mismo pueblo. Es lo que desgraciadamente ignoran los hombres de Estado que se figuran que un gobierno es cosa de imitación. Es como pretender que los pescados vivan en el aire so pretexto de que la respiración aérea es practicada por los animales superiores. Por el solo hecho de la diversidad de su constitución mental, los pueblos diferentes no podrán subsistir largo tiempo bajo un régimen idéntico. La Irlanda é Inglaterra, el Austria y la Hungría, la Arabia y la Francia, se mantienen con gran dificultad á costa de revoluciones incesantes, bajo las mismas leyes. Los grandes imperios que contienen pue-

blos diversos han estado siempre condenados á una existencia efímera ».

¿Cuáles son las ideas que sugieren estos ejemplos? Que los pueblos compuestos de razas heterogéneas deben propender á su homogenización por cruzamientos y por virtud de la educación, fuerza motriz, susceptible de amalgamar los sentimientos y las necesidades más diversas.

La inmigración de razas superiores constituiría para los pueblos de la misma condición que Bolivia, el mejor medio de favorecer los cruzamientos. Desgraciadamente la fatalidad geográfica, pesa también sobre nuestra patria, pues, su situación mediterránea, es un obstáculo contra la inmigración.

Las grandes corrientes extranjeras que más tarde vendrán por el canal de Panamá y recorrerán las costas del Pacífico hasta encontrar las aguas del Atlántico por el Estrecho de Magallanes, no tocarán nuestro suelo ni tampoco tendrán noticia de que en estas cumbres existe un pueblo ávido de progreso, rico en productos naturales y que

tiene los brazos abiertos para recibir elementos extranjeros, más que latinos, anglo-sajones.

En la imposibilidad de obtener un sitio en la costa, como supremo derecho á la vida, no nos resta otra cosa que dirigir la mirada á las regiones del Nor-Oeste; á aquellos hermosos territorios cubiertos de soberbia vegetación, bañados por ríos navegables y donde el sol brilla pletórico de vida para fecundar las montañas en cuyo seno se encuentran los productos más valiosos de la agricultura. Esas regiones son el porvenir de Bolivia: es allí donde han de fundarse en un futuro no lejano las grandes ciudades bolivianas en las que fácilmente podrá adaptarse el inmigrante europeo, ya que la inclemencia climatérica de nuestro altiplano los ahuyenta, con grave perjuicio del mejoramiento de nuestra raza en la que está comprendida la transformación del alma nacional.

El principal objeto de este trabajo, se dirige á demostrar que la educación reasume el total de las fuerzas sociales

capaces de cambiar la composición psicológica de un pueblo y que bien dirigida esa educación, traduciría sus resultados en un creciente progreso material y moral del país. No son, por consiguiente, los reglamentos, planes de estudio y programas, los que han de traer la reforma de nuestro sistema educacional. Son los maestros y profesores formados en escuelas especiales, prácticamente ejercitados en la gimnasia del carácter y la fuerza de voluntad; aquellos que hubieren sufrido durante largos años la acción docente y ambiente de pueblos y profesores de otra raza, los que han de regenerar el país con más provecho que las teorías platónicas desconocidas hoy en las leyes positivas del progreso. Quiero decir, que, el Estado en cuanto esté en condiciones de hacerlo, debe enviar el mayor número de educadores al extranjero. Sólo entonces el preceptorado podrá imitar aquél que hizo exclamar á los discípulos del gran Hipólito Taine: « No fueron los cañones alemanes los que nos vencieron en Sedán, fueron los maestros de escuela prusianos ».

Dentro de nuestro mismo país, aún haciendo venir profesores de Europa, no conseguiremos cambiar la idiosincracia docente: siempre seremos indolentes, fríos en lo que á instrucción pública se refiere; jamás nos contagiaremos del noble ardor de los que quieren el bien del país por obra de la educación; todas las iniciativas las despreciaremos y los mejores propósitos se estrellarán en la roca de la indiferencia.

No pertenezco, y lo declaro con sinceridad, al grupo de pesimistas, que, creen que por las fatalidades de herencia, medio y otros factores, Bolivia sea insalvable, al contrario pienso, sin optimismo, que no hay otro país en Sud América mejor dotado por la naturaleza para alcanzar los más elevados destinos. Lo que nos falta es la fé, la seguridad firme de que todo lo podemos realizar siempre que tengamos carácter y seamos antes que soñadores hombres prácticos.

Proclamemos la probidad nacional como el principal objetivo al que ha de encaminarse la educación, porque la

ausencia de esta virtud es en todas partes la causa de todas las desgracias que afectan al prestigio, á la riqueza, á la integridad, al adelanto, en fin á la vida misma de las naciones.

Enseñemos al futuro hombre de Estado á que cuando sirva á su patria en una situación cualesquiera, no sea por vanidad de la situación misma, sino por amor desinteresado al bien público.

Inculquemos sin descanso el respeto á la ley para que sepamos cumplirla como particulares, interpretarla con honradez y aplicarla sin amor ni odio, colocándonos una venda en los ojos, como jueces sea en las cámaras legislativas ó en los tribunales de justicia.

Finalmente creamos como creen muchos de nuestros jóvenes intelectuales, que Bolivia si alcanza en un porvenir no lejano el mismo nivel de prosperidad y cultura de los países que despiertan nuestra admiración en éste y el otro continente, no ha de ser por obra de una política de favoritismo, sino por

obra de la justicia discernida al mérito y por la educación, único resorte que arrastra á los pueblos al progreso.

* * *

Volviendo sobre el importante problema de la civilización de nuestros indios, no podemos dudar que el proceso de homogenización de razas existe en Bolivia.

No habiendo desaparecido los quechuas y aimaraes al ponerse en contacto con los españoles de la conquista, es claro que tienen condiciones favorables para su fusión con esa raza; de lo contrario durante el nefasto coloniaje habrían perecido como perecieron los pieles rojas en Norte América. Actualmente son el elemento más útil en la agricultura y constituyen la mayoría de la población boliviana.

Esta supervivencia á los rigores bárbaros de la conquista y su mantenimiento como auxiliares de la pro-

ducción industrial, en medio de blancos civilizados, son pruebas elocuentes de homogenización.

Las razas inferiores en el alto grado, desaparecen al ser dominadas por razas superiores.

Es innegable que cuanto más grandes son las diferencias entre los componentes étnicos de una nacionalidad, mayores son los trastornos y desarmonías, por eso los países en los que existe heterogeneidad de razas, son siempre convulsionarios. El fenómeno de la homogenización engendra la comunidad de ideas, sentimientos é intereses, haciendo nacer, como consecuencia lógica, la concordia y la cohesión nacionales, no como productos ficticios, basados en medidas de índole puramente política ó administrativa, sino como hechos bio-sociológicos reales y definitivos.

Nosotros como pueblo heterogéneo, en el que campean las pasiones más bajas para obstaculizar el libre desenvolvimiento de los factores de progreso, debemos favorecer esa homogeniza-

ción por medio de dos fuerzas poderosas que á mi juicio son las más principales: la educación y el cruzamiento de razas. En cuanto á la primera, no necesito repetir lo que ya tengo manifestado más arriba; en cuanto á la segunda, científicamente está demostrado que los cruzamientos destruyen los caracteres psicológicos ancestrales en las razas nuevas, esto es no semetidas todavía al influjo persistente de civilizaciones antiguas. Dichos cruzamientos las convierten en una masa donde se puede modelar el carácter que se quiera.

Es verdad que los caracteres que resultan de los primeros cruzamientos, son, por lo común, débiles. El ejemplo lo tenemos en nuestra clase mestiza, pero después, gracias á la acumulación de herencias en el trascurso de algunas generaciones que hubieren mejorado sus cruzamientos, se fija el carácter de la raza superior predominante en el país.

Se deduce de lo expuesto, que, el cruzamiento es el gran factor en la formación de las razas inferiores.

La naturaleza indígena no obra sino al impulso de los instintos, por esto el indio jamás prevee las consecuencias lejanas de sus actos; no opone á sus intereses inmediatos los intereses del porvenir; no se forja un ideal para perseguirlo con firmeza; no asocia sus ideas para deducir conclusiones que desarrollen su espíritu crítico; obedece y cree pasivamente. Es que por su constitución mental rudimentaria, concibe el mundo y la vida desde un punto de vista sumamente restringido, siendo esta la causa por la que en su manera de sentir, pensar y obrar existe un abismo que lo separa del pensamiento de los pueblos civilizados.

En lo intelectual se puede afirmar que alcanza un nivel común á la potencialidad de su raza; no hay las diferencias que se notan en las razas superiores.

Pero á medida que se eduque y predominen en su psiquis las influencias hereditarias de otra raza, sabrá dominar sus instintos, imponiéndose la fuerza de voluntad por la que el hom-

bre se civiliza y se eleva sobre los demás animales de la escala zoológica.

Ya hemos dicho que intelectualmente el indio es capaz de llegar al más alto nivel de cultura. Si se le instruye desde niño de la misma manera que á un alemán, por ejemplo, obtendrá los mismos diplomas que éste, pero colocado en las situaciones azarosas de la vida nunca obrará como ese alemán, sencillamente porque la moralidad no es hija de la inteligencia sino del carácter. Un hombre perfectamente instruído sino posee esa virtud por herencia transmitida durante algunos siglos, de generación en generación, siempre se dejará arrastrar por sus instintos.

Ahora bien. ¿Cuál es la influencia del carácter y cuál la de la inteligencia en la evolución histórica de los pueblos?

No hay necesidad de hacer disertaciones al respecto. Bástenos decir que á la primera deben su asombroso progreso los pueblos de raza sajona y á la segunda su inferioridad como potencias mundiales los países latinos de la Europa contemporánea.

Esto prueba que en el desenvolvimiento histórico de las naciones, más que la inteligencia, es el carácter el que genera los más vigorosos impulsos.

Felipe Sdo. Guzmán.

La Paz, 29 de Enero de 1910.

